EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... „ 4 50 „ „
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... „ 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO IX.—NÚM. 17

MÉXICO, 23 DE OCTUBRE DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,

Un periódico mercantil y de noticias.

La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

ANTONIA OPISSO, Escritora española

ANTONIA OPISSO.

Hoy *El Album de la Mujer* engalana su galería de mujeres ilustres con el retrato de una escritora española, digna por todos conceptos de ocupar distinguido lugar entre las personalidades literarias contemporáneas.

Ni el tiempo de que disponemos, ni el lugar reservado en la presente publicación á esta clase de trabajos, nos permite escribir una extensa biografía; acompañarán, pues, al retrato, unos breves apuntes, en los cuales consignamos con placer que Antonia Opisso pertenece á esa austera y enérgica raza catalana, orgullo legítimo de España, que tan hermosas epopeyas consigna en la historia patria. En el sér moral de nuestra bella y joven escritora compiten á porfía el sentimiento femenino en su expresión más delicada y la austeridad de carácter y sobriedad de juicios que distinguen á ese admirable pueblo catalán, trabajador como ninguno y amante decidido de cuanto tiene relación con el humano progreso.

Antonia Opisso nació en Tarragona el dia 26 de Abril de 1858, y entre las ruinas de aquella ciudad antiquísima, donde duerme el profundo sueño del olvido una civilización poderosa, la ardiente fantasía de nuestra joven literata ensayara sus primeros vuelos dedicando á la música las primicias de su ingenio, y pidiendo á las literaturas extranjeras constante alimento para su vivaz é inquieta imaginación.

Como suele acontecer á todos los espíritus privilegiados, la lectura fué para ella una necesidad, supo apreciar de un modo perfecto las bellezas literarias de sus autores predilectos, siendo buena prueba de ello sus correctas traducciones del francés, portugués y alemán.

La prematura muerte de un hermano querido, el malogrado Antonio Opisso, cuya pérdida lamentara con sentidos acentos toda la prensa española, hizo que nuestra escritora, buscando alivio á la profunda pena que embargaba su corazón, escribiera sin pretensión ninguna un artículo sobre el teatro español moderno, destinándole á un certamen literario convocado por la sociedad barcelonesa «Julián Romea.» Aquellas sus primeras armas en el campo literario, le valieron como galardón una pluma de oro, y animada por tan lisonjero y merecido resultado, sintiendo multiplicadas sus fuerzas, concurrió á otro certamen, convocado en Toulouse por la Academia Mont-Real, obteniendo el honroso título de corresponsal en Barcelona de dicha Sociedad.

Después, y ya con más firmeza marcado su rumbo en la esfera literaria, escribió una obra dramática que fué puesta en escena en el Teatro Romea de Barcelona con lisonjero éxito, aumentando el capítulo de sus triunfos, y los deliciosos cuadros de costumbres que tiene escritos con sorprendente facilidad y elegante estilo, han sido vertidos á distintos idiomas, proporcionándole el aplauso halagador del público inteligente.

Hoy acaba de publicar Antonia Opisso su recomendable libro *Diario de un deportado*, obra amenísima y sentida, donde á vueltas de vigorosas pinceladas, llenas de naturalidad, y atacando problemas sociales de reconocida trascendencia, queda puesto de relieve un sentimiento exquisito y la historia ternísima de unos amores infortunados. Los diferentes personajes que se mueven en el *Diario de un deportado*, son arrancados á la vida real, y acusa desde luego su exposición un carácter observador y un criterio por extremo justo. En cuanto al lenguaje, es castizo, correcto, ajeno á las ampulosidades en que abundan muchos escritores desfigurando el idioma, y sobrio, según conviene á quien de carácter más bien austero que frívolo, se siente inclinado decididamente á los estudios serios.

La reciente novela de Antonia Opisso ha sido favorablemente juzgada por la crítica, y nosotros, que hemos apreciado una por una todas sus bellezas, la consideramos como un hermoso preludio de otras interesantísimas que bullen en la fogosa mente de la joven escritora catalana.

Para terminar la imperfecta silueta literaria que trazamos, añadiremos tan sólo que Antonia Opisso, sin prescindir de las encantadoras delicadezas propias del carácter femenino, evidencia en sus escritos varonil entereza y una imparcialidad de juicio digna de ser tenida en cuenta. Lejos de recurrir en momentos dados á la adulación, que á tantas medianías encumbra, hace á menudo gala de finísima y discreta ironía, atacando valientemente aquellos usos y costumbres de nuestra sociedad, que juzga dignas de vituperio.

Por su agradable franqueza, por su decidida valentía, nos es altamente simpática la personalidad literaria de Antonia Opisso, á quien reservan las letras patrias lisonjero porvenir. Por eso, al incluir su retrato en la galería de *El Album*, rendimos con gusto merecida justicia á sus méritos y honramos al par las columnas de un periódico destinado al bello sexo, con los apuntes biográficos de una mujer, notable tanto por sus virtudes como por sus talentos, lisonjera esperanza para las letras patrias é hija predilecta de la noble y magnánima Cataluña.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid, 1887.

CARTA Á UNA SEÑORITA.

SRITA. Dª JULIA:

Recibo, mi querida amiga, tu carta y cree que si no fuera gratísima por el solo hecho de ser tuya, de todas suertes lo hubiera sido para mí por su texto.

Cierto, certísimo que la gloria, como afirmas muy bien, tiene sus mártires, y si yo deseara la gloria, por la gloria sóla, encontraría tu epístola tan justa, tan convincente y tan lógica, que, lo juro por mi fe de hombre honrado, éstas serían las últimas cuartillas que emborronara y papel y pluma, prosa y verso, lo ideal y lo realista, el arte y la ciencia; todo, absolutamente todo lo que no fuera «eminentemente práctico,» iría lejos de mí, y yo procurando olvidar ilusiones de soñador y esperanzas de loco, aceptaría un puesto tras el mostrador de un almacén. Quizá yo estoy más persuadido que tú misma de las verdades profundas que me dices, y sin embargo, permíteme que me defienda.

¿Conoces algo más rico, más grande, más hermoso que el sueño del poeta? Del que viviendo con el cuerpo, en la realidad de la vida, habita con el espíritu en el espacio infinito del idealismo, en el mundo de oro de las ilusiones? El poeta es todo corazón, alma, sentimiento, risa ó llanto, lo que quiere ser.

Que en la realidad es un desdichado; bien, ¿y qué? si á todo se amolda, si con todo está bien, si en todos los estados nace y crece y vive y se inmortaliza: mírale mendigando en Homero; sabio y teólogo en Dante; amando con delirio en Petrarca; guerrero en Ercilla; cortesano de la desgracia en Ausias March; soldado en Cervantes; satírico y mordaz en Quevedo; creyente hasta el fanatismo en Fray Luis de León; místico en Santa Teresa de Jesús; dulce y poético en Garcilaso; ateo y escéptico en Espronceda, y suicida en Larra: míralos en todos los estados de la vida, y sin embargo, siempre, constantemente soñando; y dichoso su sueño de color de rosa. ¡La gloria, siempre la gloria! podrá ser un fantasma; pero es tan hermoso, que seduce.

Yo tengo para mí, que la gloria no se ve sino á través de un prisma de cristales, y de tal suerte, que según se mira por una ú otra faceta, se presenta en ésta ó aquella forma; quién la ve con el pesado y reluciente casco, ajustada la malla y ceñida la coraza, mientras describe con la diestra, armada de descomunal espada, círculos de sangre: quién la sueña modesta y recatada, bajo el ropón del sabio, que encorva la venerable cabeza sobre el libro, ó apoya en la mano descarnada la espaciosa frente, como para ayudar á sostener el peso de las propias ideas: quién la adora y la envidia en la elocuencia del tribuno de voz potente y actitud airada, que exclaviza y arrastra á los pueblos para llevarlos al heroísmo, en defensa de la patria, invadida por el extranjero, ó para conducirlos al pillaje y al asesinato, hijos naturales de la revolución fratricida: y todos y cada uno de ellos, corren tras el soñador ideal sin darse punto de reposo, ni lograr, es cierto, en muchos casos alcanzarlo.

Yo, más modesto ó ambicioso, que no lo sé á punto fijo, miro esa misma tan deseada gloria, no en la que mis pobres cuartillas puedan proporcionarme, sino en el tranquilo y placentero hogar, junto á tí, la compañera de mi vida, viviendo por tí y para tí, soñando aventuras y cuentos que distraigan tus ocios; constituyéndome por propia voluntad en tu esclavo y haciéndote la reina de mi vida, de mi inteligencia y de mis sentimientos.

Necesito algo más que mis quimeras para vivir, y por eso las imprimo, y cuando ya te aburren en fuerza de conocerlas, las trueco por moneda.

Dante inmortalizó á Beatriz; Petrarca á Laura: las mujeres exigís la revancha; ¿por qué no has de inmortalizarme á mí?

¿Que ésto es pura ilusión? Pues bien, no importa; te contestaré diciendo con una composición inédita de nuestro gran poeta José Echegaray, que

Una ilusión en el alma
Y una luz frente á un espejo,
No son verdad; pero son
De alguna verdad reflejo.

Madrid y Julio de 1887. J. Valero Martín.

ECOS DE LA MODA.

Jamás pudieron imaginarse los inventores del telégrafo eléctrico, del teléfono y otras mil invenciones, honra y prestigio de las ciencias modernas, que habrían de ponerse tan útiles inventos al servicio de cosas tan baladíes como las modas, que representan la parte frívola de la mujer. Y sin embargo, es así: antes de hacer una modista un vestido de importancia pone en movimiento los alambres telegráficos y expide á París el siguiente telegrama:

«Vestido salón, hechura última, adornos nuevos, contestación pagada.»

Y la casa que recibe el telegrama, se apresura á contestar con igual laconismo:

«Tela Luis dieciseis, hechura directorio, adornos encaje y cristal.»

Y hé aquí el gran invento, el hilo conductor de las más trascendentales comunicaciones diplomáticas, al servicio de una modista para complacer un capricho pueril.

Tal es el mundo, y utilizando los medios que proporciona, puedo trascribir, gracias al telégrafo, conversaciones que han tenido lugar en San Sebastián, y gracias al teléfono, alguna sorprendida en los jardines del Retiro.

La primera, entre dos elegantes damas, tiene lugar en el delicioso parque de los duques de Mandas.

—Cómo está este año San Sebastián! No le he visto tan animado ni he contemplado tanta riqueza aun en otras épocas que le ha visitado la corte.

—Es que cada vez San Sebastián mejora y el gusto y la riqueza para vestir se depuran más.

—¿Tienes noticias de novedades de otoño?

—Algunas. La duquesa de C., que viene de Normandía y París, se ha traido una manteleta como las antiguas *paletinas* de nuestras bisabuelas, cortas y redondas de atrás, con sus grandes puntas cuadradas y largas de adelante. Es de peluche, pero me asegura que se llevarán para el invierno de piel, en zibelina, nutria, chinchilla . . .

—¡Ay, qué lástima! Hace pocos años que yo mandé cortar, para vueltas de una bata, una que conservaba perteneciente á la abuela de mi marido. ¿Y cómo se llamará esa prenda resucitada?

—*¡Souwapoff!* Dentro de poco, para vestir con elegancia será preciso aprender alemán y ruso.

Una carcajada puso fin á esta nota que alguien recogió para trasmitírmela.

—Adelina me escribe desde Bayona, decía una linda muchacha en un corro de ellas en el Retiro, una de las últimas noches que se pudo asistir á tan ameno sitio.

—¿Y qué te dice?

—Que aquello está muy soso, que no se puede vivir más que en los pequeños puertos . . .

—No; de modas, de modas . . .

—¡Ah, una gran noticia! Que los encajes blancos volverán á realzar nuestro rostro y desaparecerán estos indignos cuellos altos que nos sofocan y convierten á cada mujer en un recluta.

—No me parece el invierno la estación propia para desterrarlos.

—Y no se desterrarán, pero los ocultaremos bajo ricos encajes: me dice Adelina que se llevan ya *collaretas* á la Pierrot y grandes cuellos blancos cuadrados ó redondos por detrás, y prolongados por delante en grandes puntas hasta el peto, ó hasta el plastón.

—¡Eso costará muy caro!

—No te asustes. En cuanto se presente la hechura, al lado de la *verdad* surge la *imitación*, y como el objeto es presentar un golpe de vista acomodado á la última moda, negocio hecho.

Todas aprobaron, y yo también, apresurándome á estampar en el *Album* estas dos notas salientes de la moda próxima, dando gracias á las modernas invenciones que hacen pública en horas una conversación privada, y permiten á la pobre cronista estar al corriente de lo que se habla en los grandes centros de la moda, lo mismo aquí que en París, y tomar de ello lo que necesita para sus amables lectoras.

Joaquina Balmaseda.

Madrid, Setiembre de 1887.

COYOLICALTZIN.

LEYENDA DEL SIGLO XV.

A mi estimado amigo el Sr. Dr. D. Antonio Peñafiel.

(Conclusión.)

Reinando está la grata Primavera;
Su apacible carrera
Prosigue lento el murmurante río:
De inalterable calma se disfruta
En la encantada gruta
Que envuelta se halla en el ramaje umbrío.

La blanca luz de la naciente aurora
El horizonte dora,
Las sombras de la noche disipando.
En las flores se ven líquidas perlas
Que con ansia á beberlas
Acude el chuparrosa revolando.

El trasparente azul del firmamento
Se alumbra en tal momento
A la luz de los astros tembladores.
Ténue arrebol en el Oriente asoma
Que la cercana loma
Abrasa con sus ígneos resplandores.

De la gruta en el fondo, adormecido
Sobre el césped mullido,
Se encuentra el joven rey Cosijoeza.
Su horóscopo saber ambicionando
Llegó hasta allí, dejando
En la ciudad su terrenal grandeza.

Es fama que las ninfas y las hadas
Huyen de las miradas
De quien medroso de ellas desconfía;
Por eso si alguien á buscarlas llega,
Alentando fe ciega,
Privado debe estar de compañía.

Un éxtasis sublime sorprendiólo
Al encontrarse solo
El rey en aquel mágico recinto.
Blando rumor se esparce en la enramada,
Que parece agitada
En tal sazón por hechicero instinto.

Música grata, de ventura llena,
Cadenciosa resuena,
De las aves los trinos semejando.
Imprégnase la atmósfera de olores
Cual si todas las flores
Su pureza estuvieran exhalando.

Vapor sutil elévase del río
Formando en el vacío,
Frente á la gruta, caprichosa nube.
A veces se detiene en la llanura,
A veces á la altura
Con rapidez en espirales sube.

Toma perfecta forma de repente,
Y al resplandor ingente
Del sol que va á surgir en lontananza,
Mírase que el vapor, ya condensado,
Una ninfa ha dejado
Que sobre el agua cristalina avanza.

Esbelta, leve, aérea, vaporosa,
Cual la mujer hermosa
Que la mente soñando concibiera;
Maravilla engendrada por el cielo,
De perfección modelo,
Tal es la ninfa grata y hechicera.

Vertiendo luz, perfumes derramando
Va la ninfa avanzando
Hasta que el fondo de la gruta pisa.
Al joven rey acércase anhelante,
Y en tan sublime instante
Cabal vigor le da con su sonrisa.

Al volver del sopor Cosijoeza
Detiene en la belleza
De aquel sér misterioso la mirada.
Que sueña aún el joven se figura
Y dilatar procura
La ilusión de su mente acalorada.

La ninfa entonces llega al soberano,
Y tomando la mano
Que éste sin resistencia le abandona,
Así le dice con el blando acento
Con que susurra el viento
Cuando en las verdes matas se aprisiona:

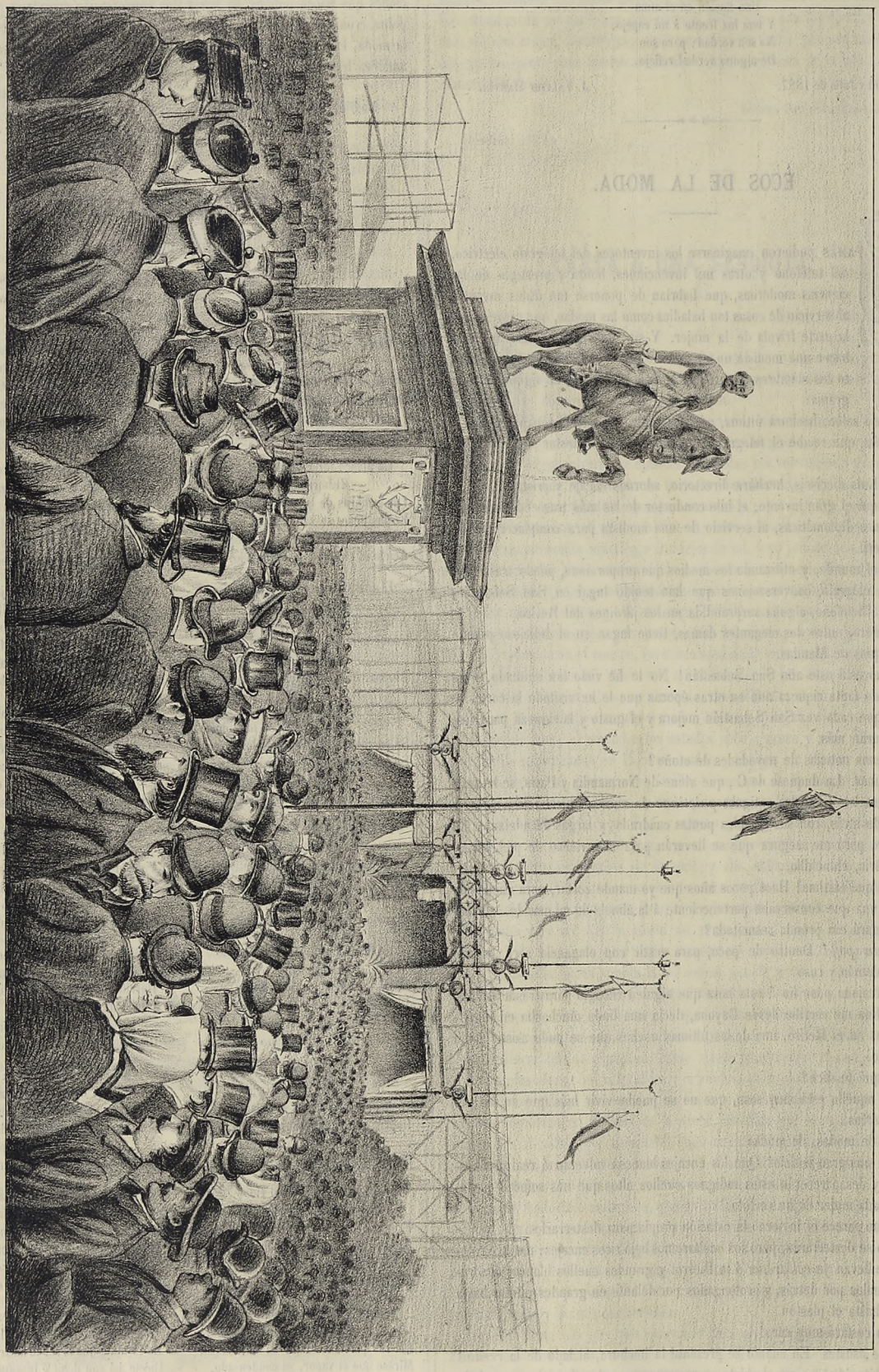
«¡Feliz mortal, indómito caudillo;
De tus guerreros brillo
Y de tu patria formidable escudo;
A tí que eres el rayo en la batalla
Que mata cuando estalla,
Príncipe poderoso, te saludo!»

Sintió Cosijoeza á tal acento
De extraño sentimiento
Horribles y á la vez gustosas penas.
¿Qué dulce encanto aquella voz tenía
Que circular hacía
Desconocido filtro por sus venas?

¿Qué inconcebible mezcla de delicia
Y dolor le acaricia,
Su sér rápidamente trasformando?
Siente que la visión fascinadora
Le atrae seductora,
El bien en su existencia derramando.

¿Qué tienen de la ninfa las miradas
Que en él están clavadas
Despidiendo una luz desconocida?
¿Por qué siente en su pecho extraño fuego
Que consume el sosiego
Que disfrutó hasta entonces en la vida?

Fijando con ardor Cosijoeza
La vista en la belleza
De la ninfa que el sér le ha trastornado,
Dícele así con débil é insegura
Voz, á la que procura
Dar la expresión de su doliente estado:



Inauguración del Monumento dedicado á Prim en Barcelona.

«Hada, ninfa, visión encantadora,
Que en esta grata hora
Me das el bien robándome el sosiego,
¿Qué poder misterioso en tí se abriga?...
¡Ah! por piedad mitiga
El que en mí has encendido ardiente fuego;

«Sí, encanto de mi vida, yo te adoro
Y tu favor imploro,
Aunque sea tu amor un imposible.
Yo no sé si tu origen es divino,
Pero al verte adivino
Que sin tí mi existencia será horrible.

«Háblame por piedad; dime quién eres;
No más me desesperes;
Escucha bondadosa mi reclamo.
Si á tanto tu poder supremo alcanza,
Da vida á mi esperanza,
Porque rendido y ciego yo te amo.»

Tal como la mujer enamorada
Envuelve en su mirada
Llena de bien al hombre á quien adora,
Y efluvios poderosos derramando,
Más y más va hechizando
Al mortal con su magia seductora;

Y al ver que con su encanto le fascina,
Que alcanzará adivina
El triunfo en el combate que sostiene,
Y á veces sonriendo, á veces triste,
En cautivar insiste
A quien ya Amor encadenado tiene;

Así la hermosa ninfa, sonriendo,
Su poder ejerciendo
Está en el rey altivo y valeroso.
Llamas de amor despiden sus pupilas
Que tiernas é intranquilas
Le ven, arrebatándole el reposo.

Compadecida al fin del sufrimiento
Del joven, con acento
Dulcísimo, que al príncipe embelesa;
Un bienestar inmenso derramando
En él, al ir hablando,
Así de nuevo la visión se expresa:

«No son, señor, las ninfas ni las hadas
Que tienen encantadas
Las mansas ondas del cercano río,
Las que llegar me hicieron á tu lado:
Es menos elevado
Que el de los genios el origen mío.

«Mortal soy como tú: de humana esencia
Proviene mi existencia,
Que no obedece á mágico misterio.
COYOLICALTZIN soy, la hija adorada
De Ahuizotl, que impulsada
Hacia tí, deja el mexicano imperio.

«El valor indomable y la grandeza
Del rey Cosijoeza
Los ecos de la fama proclamaron;
Y al llegar hasta mí tales rumores,
Los más tiernos amores
Por ese rey en mi alma germinaron.

«Cedí al amor, y al encontrarme esclava
Sentí que devoraba
Todo mi sér de la pasión el fuego.
Imploré de los dioses la ventura,
Y hasta la azul altura
Llegó por fin mi fervoroso ruego.

«Los númenes propicios me ampararon:
Primero mitigaron
De mi pasión el sufrimiento odioso;
Después en blanca nube me envolvieron
Y amantes me dijeron:
«Vas presto á ver á tu futuro esposo.»

«En éxtasis divino sumergida
Sentí que extraña vida
Llena de bien de mí se apoderaba.
Rauda crucé campiñas deliciosas
Y montañas fragosas
Cuyo suelo mi pie jamás hollaba.

«Y luego, caminando en el vacío,
Llegué al cauce del río
Que cerca de esta gruta corre inquieto.
«Entra allí, me dijeron con ternura,
«Que allí de tu ventura
«Encontrarás el cariñoso objeto.»

«Penetré á este lugar, y enajenada
Al verte, renovada
Sentí de amor la llama adormecida.
Mis ojos en los tuyos se miraron,
Y la esperanza hallaron
Que en mi dolor consideré perdida...»

«¡Coyolicaltzin, fuente de hermosura,
Tú el bien y la ventura
Con tu voz en mi sér has derramado!»
Así interrumpe á la gentil doncella
El rey, que está por ella
En las redes de Amor aprisionado.

«Tu esclavo soy, prosigue; y si es mentira
Lo que miro, ó delira
Mi mente que benéfica recreas;
Ya me halague un encanto misterioso,
Ya un sueño delicioso,
Hada, ninfa ó mujer, bendita seas!»

Fija Coyolicaltzin su mirada
Dulce y apasionada
En el que delirante la bendice;
Y la mano del príncipe oprimiendo
De nuevo, sonriendo,
Con cariñosa voz así le dice:

«¿No sientes el calor del sér humano
En mi convulsa mano?
¿Mi terrenal origen no adivinas
En esta agitación que me devora?
¿Que á engañarte traidora
He venido á tu lado te imaginas?

«Yo soy una mujer; te lo aseguro.
No broté á tu conjuro
De entre las aguas del sereno río.
Del Anáhuac los dioses me trajeron,
Porque calmar quisieron
Las ansias de mi amante desvarío.

«Calma tu frenesí, y óyeme atento:
El mismo sentimiento
De amor que mi presencia te ha inspirado
Arde en mi pecho que por tí se inflama;
Una misma es la llama
Que en nuestros corazones ha brotado.

«Siendo tú de mi padre el enemigo,
Este amor que hoy bendigo,
Antes, te lo confieso, me espantaba,
Porque voz misteriosa me decía
Que nunca llegaría
A cumplirse la dicha que soñaba.

«Pero mi padre, cuyo nombre aterra,
Cansado de la guerra,
Su amistad poderosa va á ofrecerte;
Si logras que ese dón del soberano
Selle yo con mi mano,
De nuestro mutuo amor harás la suerte.»

Sintió Cosijoeza á estas razones
Crecer las ilusiones
Que al mirar á la dama concibiera;
Y tregua dando á su letal tormento,
Con el vehemente acento
De la pasión, le habló de esta manera:

«Coyolicaltzin, noble y soberana
Princesa mexicana,
Que reina debes ser de la hermosura,
Bendigo de los dioses la clemencia
Que trae á mi presencia
Al sér de quien dimana la ventura.

«Esclavo del amor que en mí se encierra
Doy término á la guerra
Que acepté del monarca mexicano,
A quien, libre de enojo y de rencores,
Mandaré embajadores
Con la paz y en demanda de tu mano.»

Dijo, y fijando en la mujer amada
Su luciente mirada
La envuelve en el fulgor de su ternura.
Toma su breve mano, á la que llega
Los labios, y se entrega
A un dulce arrobamiento de ventura.

Así, en grato silencio, y confundidos
De los dos los latidos,
Amor con las miradas se juraron;
Y conservando el cuerpo la pureza,
Con celestial terneza
Las almas de los dos se acariciaron.

Después Coyolicaltzin, anhelosa
Cual leve mariposa,
En derredor se agita de las flores.
Toma de allí la esencia delicada
Que tienen encerrada,
Y en el príncipe vierte sus olores.

«¡Adiós! le dice luego con dulzura;
Mi amor que es tu ventura
Te aguarda en el imperio mexicano.
¡Quédate, adiós! tu esposa prometida
Será reconocida
Por el lunar que miras en mi mano.»

Dijo, y en ese arrobador instante,
Mostrando al regio amante
La señal que su mano contenía,
En la nube se oculta de repente
A la vez que en Oriente
Claro y ardiente el sol aparecía.

Espléndida despierta la mañana:
De reluciente grana
En fondo azul se extienden los celajes;
Y es que, del claro día precursora,
De su lecho la aurora
Descoje los carmíneos cortinajes.

Sale la nube de la gruta al río
En tanto que sombrío
Queda en nuevo sopor el rey guerrero.
El zenzontli, saltando en la enramada,
Con voz enamorada
Del día anuncia el resplandor primero.

Vuelve el monarca en sí y en torno gira
La mirada; suspira
Recordando el ensueño delicioso.
Después, marchando en pos de la ventura,
A salir se apresura,
Y á la ciudad dirígese anheloso.

La gran Tenochtitlán alborozada
Se encuentra engalanada
Ostentando sus múltiples primores.
Cubren las casas verdes carrizales;
Los lagos y canales
Recinto son de palmas y de flores.

Del pueblo muchedumbre bulliciosa
Recorre presurosa
De la ciudad los públicos lugares.
Imperan el placer y la alegría,
Y todos á porfía
Abandonan en masa sus hogares.

De los suntuosos templos las fachadas
Están aderezadas
Con tapices de nardos y de rosas
Que el reino Xochimilca ha fabricado,
Y en los que está expresado
El júbilo en labores caprichosas.

Clamor inmenso súbito resuena
Que la ciudad atruena
Cual si bramara el huracán violento;
Y en ese grande y espontáneo grito,
Con ardor inaudito
La multitud expresa su contento.

Cruzando la calzada del Oriente
Avanza lentamente
A la ciudad lujosa comitiva.
Es del rey zapoteca el mensajero
De paz; y lisonjero
El pueblo lo aclamó con ansia viva.

Ahuizotl en su espléndida morada
Espera la embajada
Del que fuera en las lides su contrario.
Circunda el trono de sin par grandeza
La más alta nobleza
Que va á asistir al acto extraordinario.

Adornan el salón ricos festones;
En tazas y en jarrones
De áureo metal estréchanse las rosas,
Esparciendo su mágica fragancia
En la elegante estancia
Revestida de galas primorosas.

Para guardar el interior espacio
Del imperial palacio,
En formación se ven filas guerreras,
Ya al águila salvaje semejando,
Ya la forma tomando
De víboras, jaguares y panteras.

Se oye el són de los roncos atabales
Que al pueblo da señales
De que abre su mansión el soberano.
La comitiva zapoteca avanza
Sembrando la esperanza
De la paz en el reino mexicano.

Del sumo sacerdote precedida
Es luego recibida
Por Ahuizotl la comitiva egregia,
Que ante el monarca excelso, reverente
Inclinando la frente
Va cuenta á dar de la demanda regia.

El saludo devuelve el soberano
Del reino mexicano
Al noble embajador de su enemigo.
Éste inclina de nuevo la cabeza
Sin ajar la grandeza
Que de su invicto rey lleva consigo.

Yérguese luego, y con la voz segura,
A la que dar procura
Altivo tono, exento de jactancia,
Se expresa así, los pechos conmoviendo
De los que van oyendo
Su natural patriótica arrogancia:

«Noble señor de Anáhuac; poderoso
Monarca del grandioso
Y floreciente imperio mexicano,
Dígnate recibir benignamente
El liberal presente
De amistad de mi augusto soberano.»

Dijo, y á su señal la comitiva
En actitud altiva
Los ricos dones de su rey entrega.
Luego el embajador, vuelto hacia el trono,
En resonante tono
Estas palabras con calor agrega:

«Con delicadas plumas de colores
Que roban á las flores
Su inimitable mágica tersura,
Un manto á tu persona destinado
Encontrarás guardado
En esa piel de nítida blancura.

«En esos vasos de oro reluciente
Magnífico presente
Hallarás de preciosa pedrería.
Con ésto mi señor quiere expresarte
Su amistad, y mostrarte
Que iguala su riqueza á su osadía.

«Él acepta la paz por tí propuesta,
Y no porque funesta
La guerra debilite sus Estados;
Sabe que siempre por el patrio suelo
Lidiarán con anhelo
Los zapotecas nobles y esforzados.»

Oye Ahuizotl en actitud tranquila
La arenga; no vacila,
Y vence la emoción que le devora.
Luego, fijando suspicaz mirada
En la regia embajada,
De esta suerte se expresa en voz sonora:

«Gozoso acepto el liberal presente
De tu señor valiente
Que sus armas en lid midió conmigo.
La paz, que es de los pueblos la alegría,
Queda desde este día
Asegurada, con lealtad lo digo.»

Siente latir en tan feliz momento
Con ímpetu violento
Su corazón el bravo zapoteca;
Y luego, conmovido y anheloso,
Agrega presuroso
Con voz que la emoción en silbo trueca:

«Como firme señal de la alianza
Que da la bienandanza
A mi nación y al reino mexicano,
Demanda mi señor humildemente
Que benigno y clemente
De tu hija le des la augusta mano.

«No es de ambición el miserable ruego
El que turba el sosiego
Del generoso rey Cosijoeza.
En sueños vió el semblante de tu hija,
Y desde entonces fija
Tiene en el corazón su gentileza.»

Se estremeció Ahuizotl terriblemente;
Anublóse su frente;
Sus ojos en las órbitas giraron;
Lanzó su pecho tétrico gemido
Semejante al rugido
Del león que las redes sujetaron.

Inclina luego la viril cabeza;
Suspira, y con tristeza,
Pero guardando su imperial decoro,
Dice al embajador de su adversario
Que llega temerario
A arrebatarle su mejor tesoro:

«Siempre he sido leal: jamás mi pecho,
Vulnerando el derecho,
Obró, en sus arrebatos, con falsía.
He jurado la paz con mi enemigo,
Y ni rencor abrigo
Ni me impulsa cobarde alevosía.

«Me pides más que mi imperial diadema;
La ventura suprema
Que más mis ilusiones alentara,
Era morir con las miradas fijas
En mis amantes hijas,
Cuya presencia el bien me derramara.

«Pero no mi amistad ofrecí en vano:
Otorgo, pues, la mano
A tu señor de la gentil princesa.
Vas aquí mismo á contemplarlas luego,
Y que expreses te ruego
Por quién tu soberano se interesa.»

Dijo, y á su mandato poderoso
Acude presuroso
Un anciano de noble gerarquía.
Sus órdenes recibe reverente;
Se marcha, y diligente
De las princesas vuelve en compañía.

Son jóvenes las tres; las tres hermosas
Como las tiernas rosas
Que nacen al llegar la Primavera.
Tienen todas la magia reservada
A su alcurnia elevada,
Y en todas ellas el orgullo impera.

Del rey Cosijoeza el enviado
Vacila contrariado
Delante de las tres encantadoras.
¿Cómo elegir podrá si son iguales
Los rostros celestiales
De aquellas hermosuras seductoras?

De pronto alcanza con sus manos bellas
Una de las doncellas
Su tocado de rica pedrería,
Y muestra al zapoteca vacilante
En ese breve instante
Un lunar que su diestra contenía.

Mira el embajador al soberano,
Y tendiendo la mano
Hacia aquella bellísima princesa,
«La joven, dijo, á quien mi rey adora
Con pasión seductora,
Y cuya mano te demanda, es esa.»

Sintió Ahuizotl la punzadora herida
Que arrancando la vida
Produce padecer hondo y prolijo,
Y envolviendo á su hija más amada
En su tierna mirada,
Conteniendo su llanto así le dijo:

«¡Coyolicaltzin inocente y pura;
Alma de mi ventura;
Esperanza que en humo se convierte,
Forzoso me es cumplir lo prometido,
Aunque mi sér herido
Sucumba al fin por espantosa muerte!»

A la nobleza se dirige luego,
Y con vehemente fuego
Que más que orgullo majestad denuncia,
Con voz solemne y distinguido porte,
Conmoviendo á la corte,
Estas palabras Ahuizotl pronuncia:

«Prenda es de paz mi idolatrada hija:
Felicidad prolija
A la nación dará mi sacrificio.
No siento, empero, torcedor aleve,
Que así es como obrar debe
Quien consagró á la patria su servicio.»

Luego al embajador, con voz serena,
Que ni dolor ni pena
Deja advertir, apresurado dice:
«Cumplo como monarca mexicano;
Es de tu soberano;
La otorga el rey, el padre la bendice.»

EDUARDO DEL VALLE.

México, Mayo de 1887.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

Los nuevos amigos cambiaron sus tarjetas, y se retiraron á sus casas.

Alfredo—pues no hemos dicho antes su nombre, por creer lo habrá adivinado ya el perspicaz lector—acudió puntualmente á la cita.

Después de los saludos de ordenanza, Mario le preguntó:—¿Trae usted el plan desarrollado?

—Sí señor.

—Entéreme usted de él.

—Así deseo.

Alfredo empezó á registrar sus bolsillos y pronto sacó una carta muy doblada, acompañando su acción de las siguientes palabras:

—He supuesto oportuno y conveniente escribir al señor conde de Champ-Fleury, retractándome de lo que él me oyó decir. ¿Qué le parece mi tentativa?

—Buena.

—Mi pobre inteligencia no me ha sugerido otros medios de reparar el mal.

—No me disgustan.

—¿Quiere usted oir la lectura de la carta?

—Es mi deseo.

—No crea usted que es elocuente; mi imaginación es muy oscura y poco flexible.

—La verdad debe decirse sin ambajes y circunloquios.

—Mi carta es muy sencilla; he creido que recargándola mucho la quitaba el carácter de verdad que debe tener.

—Perfectamente, me parece muy lógica su apreciación.

Cuando usted guste puede leer, soy todo atención.

Alfredo leyó:

"Señor conde de Champ-Fleury:

"Muy señor mío: Por una casualidad providencial he sabido que se halla "quebrantada en su matrimonio la armonía que debe reinar siempre, y que "hay entre ustedes grandes desavenencias que desarrollan en sus corazones "una total frialdad, suficiente á romper los más estrechos lazos de cariño. Todo "ésto se atribuye á una conversación, referente á su señora, que usted oyó en "un café, y por la cual salió menoscabada su reputación de mujer.

"Entre los calaveras que sostuvieron la polémica á que me refiero, origen "de tantos males, me encontraba yo, desgraciadamente, y tuve la infamia de "atizar la hoguera encendida por los demás, sin conocer la vida privada de la "condesa, y sólo obedeciendo á la ridícula é innoble vanidad de aparecer en-"terado de lo que completamente ignoraba.

"Hoy que he tenido ocasión de tratar á algunos adoradores de la condesa, "repudiados, y que me han hablado de ella con el respeto que les inspira tan "virtuosa señora, me veo en la necesidad de rectificar cuanto dije alentado por "el espíritu del mal, pues mi conciencia me ordena obrar así.

"El hombre con quien fué calumniada su digna esposa, es un amigo al cual "recibe con la inflexible severidad que todos conocen en su intachable conducta.

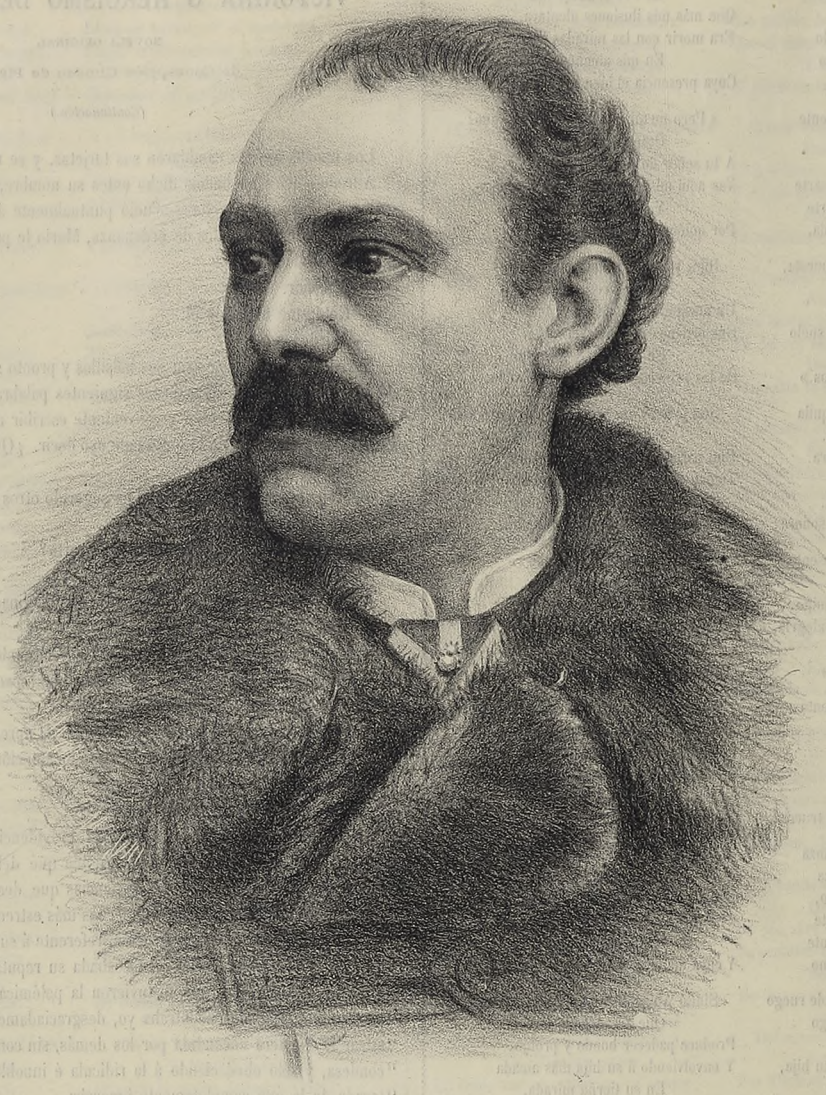
"Yo fuí un vampiro de la honra de la condesa, yo quise derribar el san-"tuario de su virtud, por el infame placer que experimentamos los malvados al "hacer descender á una mujer del elevado pedestal que ocupa.

"¡Dios es justo! El santuario que mi aleve mano quiso derrocar, ha sido "reedificado en un instante con un soplo del Arquitecto Divino. La virtud de "la condesa ha sido proclamada por todos los círculos sociales: su rehabilita-"ción es completa.

"Hoy aparece á los ojos de todo el mundo, grande, elevada, sublime; la "aureola de sus virtudes nos la hace admirar, y al hablar de ella, nuestra al-"ma se postra de rodillas ante el recuerdo de su pureza y de la resignación "que le ha prestado la consoladora religión que posee, y que la eleva sobre "sí misma.

"Esta satisfacción que le doy, es la confesión de mi culpa: el cielo es tes-"tigo de mi arrepentimiento: mi dolor es inconmensurable al pensar que he "ofendido á la mujer que tan bien conoce sus sagrados deberes de esposa, y "que tan santamente los practica.

"No tengo el gusto de tratar á usted y á la condesa, mas por esto mismo, "puede fiar en mi imparcialidad, admitiendo la reparación que mi conciencia "da por el mal que hice.



JUAN TANSINI, Primer bajo absoluto del Teatro Nacional

"Tengo la satisfacción de ofrecer á usted mi amistad, y mi humilde casa "en la calle de la Magdalena, número 23.

"Soy de usted atento S. S. Q. B. S. M.

ALFREDO LAGUALDA."

Continuará.

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Antonia Opisso.—Véase el artículo de la distinguida escritora española Sra. Josefa Pujol de Collado.

Inauguración del Monumento dedicado á Prim en Barcelona.—Deseosos de ofrecer á los pueblos americanos todas las novedades de Europa, nos hemos apresurado á presentar una actualidad que causará grata impresión en México por las simpatías que obtuvo en esta nación el malogrado Gral. Prim. En el dia 26 de Mayo próximo pasado se efectuó en una de las principales avenidas del Parque de la Ciudadela de Barcelona, la inauguración de la estatua ecuestre que aparece en primer término en nuestro dibujo. Consiste el monumento en un precioso pedestal de mármol oscuro, asentado sobre una gradería. El pedestal ostenta en su cara anterior el escudo de la ciudad condal, en la posterior los blasones del Marqués de los Castillejos, y en los costados dos bajorrelieves en bronce, representando dos episodios de la vida de Prim. Sobre el pedestal se yergue magestuosa la estatua ecuestre del invicto caudillo, fundida en bronce. En ella, el aventajado escultor D. Luis Puigjener, autor del monumento premiado en público certamen, ha dado muestra gallarda de inspiración é inteligencia, pues tanto el arrogante caballo como el ginete están modelados magistralmente, revelando, por todos lados desde donde se le contemple, una gran belleza de proporciones, líneas y contornos.

Coyolicaltzin.—

Mortal soy como tú: de humana esencia
Proviene mi existencia,
Que no obedece á mágico misterio.
Coyolicaltzin soy, la hija adorada
De Ahuizotl, que impulsada
Hácia tí, deja el mexicano imperio.

El asunto de este cuadro queda clara y bellamente expresado en la magnífica leyenda Coyolicaltzin, del elegante, correcto y fecundo poeta mexicano Eduardo del Valle.

Juan Tansini, primer bajo absoluto del Teatro Nacional.—Pocas veces se ha visto en América un *Mefistófeles* y un *Marcelo* que mida la talla de Juan Tansini. Al oirle cantar *Fausto* y *Hugonotes* hemos recordado á los notables artistas Vialeti, Selva, Uetam y Petitt. Giovanni Tansini nació en Piacenza en el año de 1852, estudiando el *bel canto* en su país natal, bajo la dirección del maestro Anselmo, el cual introdujo á su discípulo en el Conservatorio de Milán, para que recibiese lecciones de Prati, el mejor maestro de su época. Apareció por vez primera cantando *Hernani* en el teatro de *Savigliano*, cantó después en el teatro *Carlo-Telice*, de Génova, en Liborna, Modena, Nápoles, Roma, en la *Scala* de Milán, con la Patti, en el Teatro Real de Atenas, en Lisboa, Oporto, Madrid y principales Repúblicas americanas. Su escuela es correcta, su órgano vocal tiene gran extensión, y su excelente oído no le permite jamás una desafinación; su acción es elegante, y cómica ó dramática, según las situaciones que representa, con las cuales está siempre identificado. No podemos menos de asegurar que Tansini es uno de los mejores artistas de la Compañia Sieni.